

En Aragón, también los mitos deben andarse con cuidado

J. L. TRASOBARES

Doscientos cincuenta años después del nacimiento de Goya, Aragón se verá obligado a darle vueltas a uno de sus mitos; si no el Mito con mayúsculas. Así, do quiera que flote el espíritu de aquel genio inmortal, tendrá ocasión de contemplarnos a sus paisanos de hoy andar a la gresca con lo que se hace y lo que no se hace, con las improvisaciones de rigor, la habitual cazurrería y una notable incompreensión de lo que la genialidad significa. Como el grandísimo pintor ya se fue de Zaragoza escaldado, después de ver que sus obras de juventud (jese fresco del Coreto, por todos los dioses!) eran excesivas para las entendederas de la gente, pues no habrá de extrañarse por nada. Seguro que hace tiempo que anda riéndose de esa cursilada de monumento que tuvieron a bien hacerle en la Plaza del Pilar, y de otras muchas cosas.

Que Goya se ha ganado plaza definitiva en nuestro particular Olimpo nadie lo duda. Pese a todo, no tiene museo propio en Zaragoza, para pasmo de visitantes civilizados, ni ha sido objeto recientemente de ningún otro esfuerzo por divulgar masiva y seriamente su vida y obra que el coleccionable lanzado por HERALDO en el 92.

Más aún, el mito ha de superar con algún disimulo la forzada expectación que despierta por mor de la efemérides. Me dicen que mucha gente se podría escandalizar si se sacara a primer plano algunas de las cartas extraordinariamente afectuosas, apasionadas casi, que escribió a su amigo Zapater. Por eso, publicaciones y exposiciones destacan las misivas más propias de una relación entre dos señores. Aquí, hasta los mitos han de tener cuidado.